

EL BALUARTE

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

DIARIO REPUBLICANO

NUM. 268

Sevilla—Martes 24 de Noviembre de 1903

AÑO XXVII

Los cinco céntimos

Las Juntas municipales invitarán a los republicanos inscritos en el censo a que contribuyan periódicamente con el mayor donativo que les sea posible, debiéndose aceptar hasta la mínima oferta de cinco céntimos de peseta semanales, para que todos los correligionarios puedan demostrar con ella su devota adhesión a la causa republicana. Las Juntas municipales se reservarán el 30 por 100 de los expresados donativos y remitirán el 20 por 100 a la Junta provincial y el 50 por 100 a la Junta Nacional. (Base XVI de las orgánicas de la circular de 15 de Junio de 1903.)

No tenemos que encarecer a nuestros correligionarios la importancia de esta base indispensable en toda sociedad, sean cualesquiera sus fines, y de obligada conveniencia tratándose de una asociación política cuyo credo es la democracia, que impone en los asociados compartir los deberes y las obligaciones, porque todos disfrutan idénticos derechos.

Hace algunos años se inició por un hombre de fecundas iniciativas, de probada consecuencia, de austeridad notoria, maestro de muchos y admirado de todos por sus grandes virtudes cívicas y por su tenacidad envidiable para unir en una sola iglesia, con una sola dirección, al partido republicano frente a la monarquía imperante, logrado hoy, gracias a su labor constante, la idea de fundar o constituir un tesoro, sin esfuerzos ni sacrificios de nadie, contribuyendo con una cantidad módica al mes que permitiera hasta a los más humildes contribuir sin menoscabo alguno.

La idea no llegó a cristalizar, sin duda por el estado de dispersión de las poderosas fuerzas republicanas, llegadas hasta el atavismo de grupos y grupitos microscópicos. Al constituirse la Unión republicana bajo las bases tan sólidas en que se afirmó en la Asamblea de Marzo, y se consagró en las dos jornadas electorales y en la fuerte organización que ha alcanzado en toda España, en que si la disciplina es estrecha y la voz del jefe oída y respetada, cumpliendo todos sus mandatos y decisiones con el respeto y cariñoso acatamiento que en el hogar se guarda al jefe de la familia, así como hemos concurrido a los llamamientos para demostrar nuestra vitalidad en la lucha, debemos acudir con nuestro óbolo para atender a las necesidades de la familia, para hacer frente a todas las atenciones de este amplísimo hogar doméstico, formando el acervo común.

Cinco céntimos semanales, tipo mínimo fijado en las bases, representa, en una ciudad donde haya mil republicanos inscritos en nuestra causa, 200 pesetas mensuales que, sumadas con el producto de doscientas ciudades, nos dan el resultado de 40.000 pesetas al mes y 480.000 pesetas anuales; esto sin sacrificio para nadie y cuya sola cifra demuestra lo que podríamos realizar si verdaderamente nos hiciéramos cargo de su importancia. ¡Veinte céntimos al mes! Bien pequeño es el sacrificio: dos copas de vino menos; cuatro cajas de cerillas que pueden ahorrarse; una cajetilla de a 0,18 menos en la partida de gastos. Esto es todo y con esto, ¡qué labor tan hermosa! Empezando porque no estarían vinculados en los ricos ó pudientes ciertas representaciones en Cortes y en las diputaciones provinciales, y concluyendo porque no habría necesidad de acudir a los bolsillos particulares para redimir de las prisiones preventivas a nuestros propagandistas, atender a las conveniencias y necesidades de la propa-

ganda y al socorro de los desgraciados que de un modo notorio hayan sufrido gran menoscabo ó caído en la miseria por la causa.

Tendríamos fondos de propaganda, fondos de elecciones, fondos para las atenciones de organización interior y fondos para auxiliar la empresa de reivindicar el derecho en que está comprometido el honor de todos para redimir a la patria, no tanto como por lo que representen las sumas recaudadas, aunque representan mucho, cuanto por la significación que tiene realizarlo mediante una cuestación voluntaria, producto de la concurrencia de todos.

500.000 republicanos españoles, cotizando a 5 céntimos semanales nada más, en Noviembre de 1904 tendríamos en nuestro tesoro un millón trescientas mil pesetas!

Ved lo que esto representa y la necesidad de atender a lo dispuesto en la base transcrita.

A. A.

Murmuraciones

Al señor Villaverde no le hace falta para nada la confianza del señor Salmerón.

¡Claro es! ¿Para qué la quiere el señor Villaverde, si el señor Salmerón no puede todavía hacer ministros y provocar crisis para lograr buenas operaciones en la Bolsa?

No obstante de que el señor Villaverde para nada necesita la confianza del señor Salmerón, valiéndose de todos los adláteres de la monarquía, trata de recargar que cese la obstrucción republicana para que pasen sin discusión ni entorpecimientos los presupuestos del Estado.

El venturoso presidente del Consejo se muestra arrogante desde el banco azul, a pesar de vivir de la limosna que diariamente le dan los señores Maura y Silvela mediante la benevolencia de la mayoría.

Don Raimundo debe de variar de nombre.

Y llamarse D. Viento.

Los señores conservadores, ó los conservadores y los liberales democráticos, esa conjunción chistosísima que hicieron en Sevilla para ganar las pasadas elecciones a todo trance, tratan de hacer fulleras para restar al partido republicano cuatro ó cinco representaciones en el municipio.

Los argumentos que exponen son inocentes, y desde luego se entrevé el marcado deseo de entorpecer, valiéndose de amaños, la entrada en cabildo de los ediles de la Unión republicana.

Probado ciertamente que los señores, coligados tratan de provocar con sus intemperancias al partido republicano de Sevilla, creemos prudente que éste y sus hombres acepten la provocación, dispuestos a no consentir en manera alguna que sea burlada la voluntad de los electores por medio de argucias de leguleyos, argucias que emplean y hacen valer para los extraños, y que cuidan no aplicárselas a los propios.

La burla que se trata de hacer rebasa los límites de toda prudencia, y el partido y los hombres republicanos no deben de consentir, en manera alguna, suceda lo que suceda, que los concejales republicanos dejen de ocupar el sitio que les corresponda en la Sala Capitular.

Pepita Romero Robledo y Zulueta va a contraer matrimonio con un caballero del rey.

Ahora comprendo el fervor dinástico que padece en estos momentos el señor Romero Robledo.

Va a contraer afinidades íntimas con la gente de la casa.

El obispo Guisasola es un obispo de la madera de los obispos de hoy.

Quiero decir, que no es de madera, sino de plata ó de oro.

Verán ustedes:

“No sin extrañeza de los que bien conocemos al obispo de Madrid, este señor visita hace poco la Cárcel de Mujeres, situada en la calle Quifones.

¿Qué buscaba su excelencia en aquel sitio, siendo tan poco aficionado a visitar pobres, enfermos y desvalidos? Buscaba a su Dios, al Dios de toda la gente de sotana; le llevaba allí la atracción irresistible de... el dinero. Con decir que peligraban tres millones doscientas mil pesetas, que producen una renta de 128.000, habremos hecho comprender al más topo que todo un obispo Guisasola visitara, no a las presas, sino a otras gentes que hay en la Cárcel, y principalmente la iglesia aneja a ella, con puerta por la calle San Bernardo.”

En todas las diócesis, cuecen habas, y por ahí a calderadas.

En Sevilla, que nosotros sabemos, después del negocio de la venta del edificio del Seminario viejo, no ha habido más.

Excepción hecha de los timos místicos particulares.

Eso entra en el orden privado y nada nos interesa.

El ministro don García Alix, sigue rebuznando, que rebuznar es ponerse a gritar:—¡Mentira! ¡Falso! Ministro de cuatropa es ese ministro ganso que sus razones expone hablando a grito pelado.

Al eminente criminalista Muñoz Rive-ro, defensor de García de Paredes, el reo por asesinato de los crímenes cometidos en Don Benito, le han amenazado por extremar la defensa de su cliente.

Un colega, tratando esta cuestión compleja, expone su opinión en estos términos:

“Puede tolerarse, por el contrario, que con el pretexto de la defensa se ampare y proteja de cualquier modo no lícito al delincuente?”

Esta es una corruptela que es necesario combatir a todo trance, porque significa que a veces la inmoralidad triunfa en los prejuicios establecidos.

Decimos que de cualquier modo lícito, porque la defensa no tiene solo la misión de probar la inocencia sino en los casos de culpabilidad los grados verdaderos de esta contra el criterio equivocados del que acusa.

De esto a considerar lícitos los amaños, la falsedad, la mentira, para librar al criminal de la pena que le corresponde sufrir, hay gran distancia.

El que la salva viene a ser por este hecho un encubridor más del delincuente, un cómplice suyo y un verdadero malhechor de la sociedad, cualquiera que sean los títulos que invoque.

Indudablemente es así.

Pero cuando el reo no está convicto ni confeso, juzgamos humanos todos los recursos que puedan emplearse en su defensa.

No basta creer sinceramente que el criminal lo es, sino que hay necesidad de probarlo.

En tanto no se pruebe, estimamos justos todos los medios de la defensa.

Después de todo, ¿de qué se trata?

¿De arrebatarse una vida al verdugo?

Pues bien está.

Después de todo, castigar un crimen con otro crimen, aunque lo autorice la ley, es una gran inmoralidad.

Comprendemos la muerte del criminal en el acto, cuando todavía está caliente la víctima: la ley de Lynch.

El Gobernador de Madrid ha prohibido que las señoras asistan con sombrero a los teatros.

El Globo, tratando esta cuestión, escribe lo siguiente, que tiene gracia:

“Las señoras se han resistido cuanto les ha sido posible, apoyando su resistencia en la incontrastable lógica peculiar del sexo.

—Señora, ¿a usted le gustaría quedarse sin ver el escenario?”

—No, señor.

—¿Qué le he hecho yo a usted para que me cause ese perjuicio?”

—Nada.

—¿No tiene usted interés en molestar-me?”

—Ninguno.

—Entonces, quítese usted el sombrero.

—No, señor.

—¿Por qué?”

—Porque no.

Razón femenina de pie de banco propia.

Y en esta ocasión, como en otras muchas, las señoras no tienen razón.

Junto al convento de los jesuitas en Santander hubo una explosión.

Buscaron por todos los alrededores y no encontraron el cuerpo del delito.

Pero los jesuitas aseguran que el convento tembló.

Si no ha sido en esta barqueta, será en la que flota.

Elo tiene que suceder, siquiera no sea más que para tranquilidad nuestra.

Voy a ocuparme un ratito en la higiene del matrimonio, glosando la opinión de un facultativo que se ocupa en estas, al parecer, minucias, pero que no lo son.

Las observaciones que apunta dicho señor son atinadísimas, y además muy graciosas.

Trátase en este punto de si el matrimonio debe de dormir unido, ó como Adán y Eva, cada uno donde le apretara el sueño.

Y dice:

“Convencidísimos estamos de que el adulterio tiene, como primordial origen, en casi todos los casos, el dormir en un mismo lecho y presenciar la mujer el sueño chavacano del marido, ó escuchar los atronadores ronquidos que echa por aquella boca de expresión estúpida.”

Consideramos como causa eficiente de desilusión femenina, y hasta de adulterio, el infantil gorro de dormir. Esta prenda de indumentaria nocturna lo justifica todo; es uno de los peligros más serios para la felicidad de los cónyuges. Preguntad a las adúlteras si sus esposos gastan gorro de dormir y casi todas os contestarán afirmativamente.

La observación de este ilustrado doctor es graciosísima y no dudo un ápice de su veracidad.

Nada hay más ridículo que un hombre en calzoncillos con un gorro; esa era la escena más graciosa de los antiguos sainetes.

Además, el doctor en cuestión está haciendo un bien a los Tenorios callejeros, dándoles argumentos para sus aventuras.

Enterados ellos, como se enteran, de esa opinión tan bien fundamentada, antes de proceder al asedio de la mujer, procurarán enterarse de esas particularidades para obrar con cautela.

Y comenzarán preguntando:

—Señora, ¿su marido gasta gorro para dormir?”

Suponiendo que la señora no le dé una bofetada, y le conteste sinceramente la verdad, ya está la aventura en punto de caramelo.

—¿Gasta gorro?”

—¡Conquista hecha!

El gorro es la causa principal del adulterio.

Cree dicho doctor que no debe de haber lecho conyugal, sino lechos conyugales: uno en esta sala y otro en la otra, tabique ó pared maestra por enemigo.

Y funda su opinión en lo siguiente, que está descrito de mano maestra:

“El arte y la elegancia desaparece en una misma habitación y en un mismo lecho. El ridículo en que constantemente está el marido durmiendo no deja lugar a duda.”

El sueño es brutalmente estúpido. El uno, en medio de un bigote puero y una dentadura destartada, abre una boca descomunal que aun a larga distancia huele a tabaco de estanco. El otro que, tendido en postura innoble, medio entresaca la lengua, ronca estrepitosamente con necesidad repugnante, entremezclando, a intervalos, aspiraciones ruidosas que sorben moco y baba. Aquel otro, con rostro abotargado y una barba desgredada, cubre su cabeza aquel gorro de dormir que grotescamente se ha corrido hacia un lado mostrando el lacito de las cintas encima de una oreja ó de la rubicunda nariz.

¡Cuanta desgracia!

Todo eso lo contempla la esposa, noche tras noche, con una constancia abrumadora, cruel, horrible, hasta que, por fin, quieras que no, olvida aquella soberbia epístola de San Pablo escudada con religiosidad y emoción embelesadora el día de la gran ceremonia de los esponsales.

D. Aureliano Albert Lagasca núm. 9 MADRID



Lles digo á ustedes que estas observaciones son de oro molido!
 ¡Y á mí que no me digan!
 Todas son verdaderas.
 Cuántas veces ve uno por ahí un hombre-oso, acompañado de una hermosa mujer, y acuden á la mente observaciones parecidas á esas que transcribo, y se pregunta uno:
 —Pero... ¿es posible?
 ¡Y tan posible!
 Y... de ahí viene el adulterio.
 De ahí... y de lo otro.

Mañana echaré otro ratito á higiene conyugal, porque estas cosas, además de que instruyen, deleitan.

CARRASQUILLA.

El perro de San Roque

Todo habían sido novedades aquel año en Villamuerta; habían conseguido tener una fuente, que en el verano estaba seca, pero en cambio en el invierno arrojaba un hilo de agua que era una bendición; en la plaza se habían puesto dos faroles de petróleo para las noches que no hubiese luna, había empuñado la vara de alcalde el tío Ciriaco, que tenía la mujer más sandunguera de toda la comarca; el médico era nuevo, joven, atildado y muy bromista, y nuevo también era el cura, con fama de ser un sabiazo, con la circunstancia jamás vista en aquel pueblo de que no tenía ama ni sobrina, yaciendo la casa rectoral en profundo silencio, con asombro de sus muros, que todavía estaban trastornados con los gritos de las tres sobrinas y cinco *sobrinitos* del párroco anterior, que murió una noche por haberse comido una liebre entera con setas.

Lo único que allí había quedado sereno é inmovible era el sacristán, viejo y solterón, con más conchas que un galápago y muy buenas onzas escondidas; fué siempre el terror de los rectores del pueblo, á quienes manejó á su antojo, y uno solo que trató de alzarle el gallo, tales disgustos recibió del apagañes, que falleció de un berrinche. Se llamaba Narciso, aunque en nada se parecía al gallardo mancebo de la fábula mitológica, y malas lenguas propalaban que, á pesar de su immaculado celiberato, hijo del cálculo y de la codicia, en el hospicio de la capital había varios chicuelos que con toda justicia hubieran podido llamarle *papá*.

Narciso recibió al nuevo rector con prevención, casi con hostilidad, sentimientos que fueron acentuándose cuando vio que el joven rector se las echaba de teólogo y listo, dando á entender que el obispo le había mandado allí para enderezar lo que dejó muy torcido su antecesor. El primer choque acaeció en una misa de difuntos; el sacristán, siguiendo la costumbre del pueblo, adornó el altar con flores de trapo; apenas las vio el cura le dijo:

—Quite usted eso.
 —Siempre se han puesto.
 —Pues siempre se han puesto mal.
 —Los curas anteriores á usted nunca dijeron nada.
 —Pues yo lo digo ahora: eso es contra rúbrica.

—Es que...
 —Usted se calla y hace lo que le manden.

El monaguillo que presenciaba aquella escena estaba helado de terror; jamás nadie habló así al señor Narciso; el sacristán se puso lívido, y sintió que aquel "usted se calla" se le había clavado en el corazón y juró que su venganza en aquel curita haría época en los anales de los odios sacristanescos.
 Una vieja del pueblo hacía los menesteres domésticos de casa del rector y le llevaba la comida; por la noche solo quedaba en la casa el cura y el enterrador, un viejo asmático y sordo como una tapia. Pasaron días y días, y el rector seguía la misma vida; los maridos comenzaron á escamarse y se decían en sus adentros: "¿A cuál nos la jugará?"

El nuevo alcalde tenía todas las noches tertulia, á la que concurrían el médico, el cura, dos viejos ricotes, el estancoero y la maestra. El maestro estaba refidido con el alcalde y jamás ponía allí los pies. Se jugaba á las cartas, otras veces á la lotería; se charlaba de todo, y algunas la alcaldesa sacaba unas rosquillas de man-

teca que ella misma hacía y una botella de vino rancio, y todo iba como una seda y en medio de la más cordial alegría.

Casilda, la alcaldesa, era guapa de verdad, con esa belleza ruda y sanota de la mujer de aldea bien alimentada y que goza de algunas comodidades; era muy aficionada á leer periódicos, se moría por charlar de política, y por ella había empuñado su marido la vara de alcalde, el cual era más bruto que un cerrojo. Sabía ella que era guapa y presumía de tal, haciendo algunas rústicas coqueterías; y no dejaba de sentirse orgullosa cuando veía que el médico y el rector la miraban con insistencia, celebrando sus dichos. Había leído centenares de novelas de esas de á real el cuaderno y se sabía casi de memoria todo el bagaje literario de Fernández y González y de Pérez Escrich. *La mujer adúltera*, de este último autor, la llevaba dentro de su alma, y hubiera dado un ojo de la cara por encarnar en el personaje de *Magdalena*, la protagonista del libro.

Vanidosa, romántica, algo sensual y muy poco escrupulosa, el terreno estaba abonado para cualquiera aventura; el héroe solo había de meditar la forma de realizarla, que para Casilda era el todo.

El médico se tiró al bulto desde el primer día, y apenas había ocasión se le iban las manos. Buena figura, y bien vestido, Casilda estuvo á punto de flaquear; pero se mantuvo en terreno neutral y ambiguo; hubiera ella deseado más preliminares y delicados bloqueos. En cambio, el rector la miraba con aire melancólico y triste, la sonreía con dulzura, y si se hablaba de cariños terrenos, él se salía con el registro del amor divino, poniéndose exaltado y apasionado; cosas que á la alcaldesa le sabían á mieles y la impulsaban á acortar más las distancias entre ella y el rector. El cura le dió á leer algunos libros religiosos escritos con ese suprasensualismo místico que tantas víctimas ha causado, y la esbelta figura del médico se fué desvaneciendo del magín de Casilda, sustituida por la del rector con sus arrobos de creyente, sus espasmos de fanático y su acrisolado afecto celestial. El médico comprendió su derrota, y, como libertino de buena cepa, se conformó pronto, diciendo:

—Después del cielo bajaré á la tierra.

El *furteo* de miradas, sonrisas y palabras equívocas no bastaba ya á satisfacer las encendidas ansias de aquellas dos almas capaces de eclipsar á Dante y Beatrice. Una tarde que se hallaron solos por casualidad, el cura le dijo:

—Yo tenía que decir á usted muchas cosas, Casilda.

—Y yo también á usted.

—Nunca estamos solos, y en la tertulia...

—Lo comprendo; ¿qué sabe esa gentuza de ciertas sublimidades?

—Tengo un medio.

—¿Cuál?

—Supla la pluma á la palabra.

—Sí, ¿pero cómo?

—Escuche usted: en el fondo de la iglesia, á la derecha, está la capilla de San Roque, oscura y siempre desierta. El santo tiene á sus pies un perrillo; se le ha caído la lengua, con la que lamía las llagas del virtuoso peregrino. Dentro de la boca del perro pondré á usted todas las mañanas una cartita; usted va por las tardes á la iglesia, en la que no hay nadie á esas horas, coge la carta y en el mismo sitio deja la respuesta, que yo recogeré á la mañana siguiente. ¿Qué le parece á usted?

Aquella comunicación epistolar, secreta, en las lobreguezes de una capilla, tenía mucho de novelesca, y la buena Casilda quedó subyugada.

—Muy bien; pero, dígame: ¿no será esto pecado?...

—¿Qué pecado puede haber en que dos almas se comuniquen? Y además, si fuese pecado, ¿lo haría yo?

La razón era aplastante; Casilda aceptó, y aquella noche no pudo dormir de impaciencia.

Aldía siguiente, después de la misa, el cura entró á rezar un momento en la capilla de San Roque, y muy doblada dejó una carta que echaba fuego dentro de la oscura boca del *deslenguado* perrillo de San Roque. Narciso, el sacristán, que iba y venía por la sacristía recogiendo cuar-

tos, se admiró de aquello; jamás había visto rezar á ningún cura, y menos que se acordasen de San Roque.

—Este tío es todo rarezas—pensó, y no dió importancia al detalle.

A media tarde la alcaldesa entró en la desierta y oscura capilla, metió la mano en la boca del perro de San Roque, cogió la carta y salió de la iglesia palpitándole el corazón. Cuando llegó á casa se encerró y devoró aquellas líneas, donde el curita infiltraba el más loco amor material bajo el manto del más sublime misticismo. Casilda escribió su respuesta. Aquella noche en la tertulia ella y el cura se devoraron con los ojos.

Al día siguiente el cura volvió á la capilla, pero el sacristán, que no podía creer que aquello fuese devoción, le espío con cautela; le vió aproximarse á San Roque, tocarle por los pies y salir.

—No hay remedio: aquí hay gato encerrado—se dijo.

Y, una vez que estuvo solo, encendió una vela y registró el altar por todos lados. Todo estaba igual: sucio, lleno de polvo y telarañas. Aplicando la luz acá y acullá, vió con sorpresa que la punta de un papel asomaba por la boca del perrillo; lo cogió con avidez, lo desdobló y leyó estas palabras:

—Amada Casilda: Voy á leer tu respuesta lleno de alegría. ¿Sabrás comprenderme? Creo que sí. Tienes para ello sobrado talento. No te olvida un momento el dueño de tu alma.

No había firma, pero no hacía falta; era la letra del cura, bien clara y patente.

—Esta Casilda es la alcaldesa, y la muy bruja vendrá á recogerla aquí y quizá conteste. Estemos alerta. ¡Ah curita, ya te tengo entre mis uñas!

Y Narciso salió de la iglesia saboreando su venganza, llevándose la carta y dejando en su lugar un papel.

Apenas comió, después del toque á vísperas se acomodó en un confesonario, atisbando la capilla de San Roque como el gato que acecha al ratón.

A eso de las tres entró la alcaldesa, muy medrosa y haciendo muchas santiguadas; miró con recelo á todas partes, y, viéndose sola, entró en la capilla, sacó el papel que tenía el perro en la boca y dejó otro, saliendo del templo presurosa.

El sacristán salió de su escondrijo y cogió el papel; éste decía simplemente:

—Os comprendo y soy toda vuestra. No puedo enlazar mis ideas; presiento mundos desconocidos de dichas celestiales. Vos seréis la guía que á ellos me conduzca. Pero tratad con piedad á mi atribulado corazón.—Casilda.

—¡Mujer había de ser para no ser torpel! ¿A quién se le ocurre firmar? No hay otra en el pueblo que se llame así. Ahora, obremos.

Y fué derecho á casa del cura, y apenas le vió, dijo sin rodeos:

—Señor cura, el perro de San Roque no tiene lengua; pero hablará si yo quiero. Me ha dado esto—y enseñó las dos cartitas.

El cura creyó que el mundo se desplomaba sobre él.

—¿Qué quieres, di?

—Cinuenta duros por cada carta y que se guarde usted los humos que tiene. No había escape; el cura respondió con voz débil:

—Concedido.

Desde aquel día, cada vez que el cura se oponía á los caprichos del sacristán y éste le decía:—Señor cura, *cuidao* con el perro de San Roque—el pobre rector se volvía más blando que la cera.

Y es que algunos santos tienen á sus pies animalitos muy *malagrosos*.

FRAY GERUNDO.

¿TOS? Jarabe UTOR

LA NÉMESIS

¿Es la justicia algo más que una mera convención humana? ¿Existe una Némesis vengadora de los grandes delitos? ¿Alcanza alguna vez la sensación natural á los grandes delinquentes?

¿No es la historia, como la naturaleza, inconsciente, impasible, neutral entre lo justo y lo injusto, indiferente al bien y al mal?

Pronto hará treinta años que España es suya. Durante casi un cuarto de siglo gobernaron en paz sobre un pueblo que parecía muerto. Pocas veces se habrá entregado país alguno tan pasivamente en manos de sus gobernantes. Nunca acaso gobierno despótico tuvo á una nación tan por entero sujeta á su albedrío. ¿A qué describir una vez más la obra de egoísmo y de codicia, de mentira y de corrupción realizada en competencia por entrambas oligarquías? No hay entendimiento que no la conozca; no hay memoria que no la recuerde. Al despertar de su letargo la patria se halló á la vez mutilada y embutecida, empobrecida y deshonrada.

Fué un momento sombrío. La tragedia flotaba en el aire. ¿Quién no habría creído vialumbrar entre las brumas de la catástrofe los albores del día de la ira? Los culpables temblaron. Por un instante algo como un hábito de muerte heló la sangre en las venas de los artífices de la desdicha. Almas inaccesibles al remordimiento sintieron la puñada del terror. Pero la labor de degeneración nacional había sido demasiado honda. La nación, como un cadáver, sufrió sin reaccionar el choque de su desventura. El pueblo español parecía haber perdido hasta la facultad de indignarse. España estaba sin pulso. Su inteligencia atrofiada no sabía pensar. Su voluntad en huelga carecía del hábito del querer. Extragado el sentido moral, éranle extrañas las nociones de culpa y de responsabilidad. Lo que en un país vivo, habría producido un verdadero terremoto social no fué aquí parte á derribar un ministerio. Los patricidas impunes cantaron victoria.

Y hé aquí que un lustro después del desastre, cuando todo riesgo parece conjurado para sus autores, cuando alcanzan, más que la impunidad, el galardón por sus delitos: súbito se les ve despedazarse, desmenuzarse, hacerse añicos. La taifa conservadora, huérfana de un padre suicida, busca en vano remedio á su torfandad.

La taifa liberal se divide cuando pretende darse un jefe. Lo que no hizo con esas colectividades culpables la vindicta nacional, hácelo la justicia immanente de las cosas. Es el Dios del vulgo, el Dios justiciero que castiga sin palo ni piedra. Nadie las mata; ellas se mueren. Son las víctimas de sus pecados, son las esclavas de sus culpas. Cuanto constituyó ayer su fuerza hoy causa su ruina. El egoísmo fué su aglutinante; ahora es su disolvente.

La codicia las formó y la codicia las deshecho. La oligarquía fué la base de su organización y mueren á manos de sus oligarcas. Desdénaron á la opinión y ahora la opinión les ve morir indiferentes. Fabricaron las mayorías á su antojo y hoy una mayoría desorientada hace imposible todo gobierno. Hicieron de la mentira electoral la base de su existencia y un fracaso electoral les pone hoy en trance de muerte. Todo lo esperaron de arriba y hoy todo lo temen. Todo lo sacrificaron en aras de su monarquismo y hoy, en los albores de un reinado, no tienen gobierno serio ni solución viable que ofrecer á la prerrogativa. La culpa fué grande, la pena es proporcionada á la culpa.

Sin duda, es la justicia algo más que mera convención humana. Sin duda existe una Némesis vengadora de los grandes delitos. Sin duda alguna vez alcanza la sanción natural á los grandes delinquentes. Sin duda no es la historia, como la naturaleza, inconsciente, impasible, neutral entre lo justo y lo injusto, indiferente al bien y al mal.

ALFREDO CALDERÓN.

JARABE CLOROBROMOFÓRMICO

compuesto según la fórmula del

DOCTOR UTOR

Preparado bajo la dirección del farmacéutico

D. JUAN A. UTOR

Se halla de venta en todas las farmacias y droguerías.

Al por mayor.—Depósito general, Hijos de S. Vidal y Rivas.—BARCELONA. Farmacia Utor.—Algeciras (Cádiz).

Noticias locales

JUNTA REPUBLICANA

Y Anóche se reunieron en el Centro Republicano los individuos que forman las Juntas provincial y municipal del partido con los concejales electos para examinar las protestas presentadas por los conservadores, con la pretensión de invalidar la elección legítima de cinco repu-